

si se aprueba el proyecto del acta constitutiva en su totalidad, desde ahora lavo mis manos diciendo como el presidente de Judea, cuando un pueblo tumultuante le pidió la muerte de Nuestro Salvador, sin saber lo que se hacía: *Inocens ego sum á sanguine justí huyus: Vos videritis*. Protestaré que no he tenido parte en los males que van a llover sobre los pueblos del Anáhuac. Los han seducido para que pidan lo que no saben ni entienden, y preveo la división, las emulaciones, el desorden, la ruina y el trastorno de nuestra tierra hasta sus cimientos. *Necierunt neque intellexerunt, in tenebris ambulans, movevuntur omnia fundamenta terrae*. ¡Dios mío salva a mi patria! *Pater, ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt*".

Discurso pronunciado en el Primer Congreso Constituyente, el día 15 de diciembre de 1823.

## FRAY SERVANDO A CIENTO CINCUENTA AÑOS

Por Raúl Rangel Frías

Una gran pasión por la palabra y el destino de la inteligencia constituye la aventura precursora y el destino más original de esta vocación del hombre americano, en los hechos y las oraciones —las armas y las letras— de Fray Servando Teresa de Mier.

Veámoslo cruzar el escenario de la Nueva España a la rápida luz de una evocación instantánea sobre los tres momentos de una acción dramática como la que va escribiéndose por el anónimo autor de esta historia de la Revolución de Independencia —de lo que es hoy México— y la del concurso universal de las muchas patrias americanas.

De la barroca composición de una so-

ciudad de castas engendrada por la Conquista española, emergen tan sólo en el paisaje que hacen grandioso la soledad del indígena, la violencia de las encomiendas o de las minas y los obrajes, a la par de una mística natural encumbrada de volcanes, nieves, valles solícitos, sombras inmensas de montañas, ríos y selvas tropicales; los artificiosos símbolos de una cultura heredada por la sangre y los títulos, las imágenes sagradas del culto religioso, la obediencia servil a la autoridad y el ciego destino de la vida y la muerte, de los trabajos y la dicha, de los bienes y los males, a merced de la dádiva dispensadora de una Providencia —la del Rey, de la virgen o del azar— lejana, invisible y esquiva.

Con esta conciencia de culpa en la gran masa de los desheredados, coinciden los privilegios de la burocracia civil o religiosa, bajo el sello de un pacto para callar y obedecer en unos y declamar por los otros las excelencias de las virtudes canónicas y teologales de la represión, el encomio y la salvación de la letra muerta en las obras y el espíritu.

A la primera luz de toda esta cruda realidad culpable moral e históricamente, destácase la figura de un fraile menudo, nervioso y de verbo fascinante que del modo y las más imprevistas circunstancias, toma la palabra y usa la cátedra sagrada del templo de la Colegiata, en la gran festividad Guadalupana, para introducir la inaudita novedad de que la venerada imagen tuviese un origen de mucho mayor antigüedad a los tiempos históricos aducidos, una fuente de inspiración directa del amor divino por los naturales aborígenes, sus tierras y bienes de existencia, desde el mero principio del mensaje evangélico.

Que si bien no fuese la intención directa del predicador en sus palabras, éstas penetraron los ánimos de los dueños del virreynato, con la agudeza de un puñal y la verdad de una sentencia capital. Habría que volver en todo —los guardias y celadores tienen el oído fino para las amenazas de la noche— a los derechos originales, a la recuperación de los títulos y a la libertad e independencia de los pueblos.

Pasarán los días y aun los años por el exilio del fraile, cargado de fatigas y pobreza en celdas o calabozos en que se amanceban el frío y las tinieblas, los carceleros y los roedores, el hambre y la fiebre, que no lograrán dar por vencido a este hombre de pluma, ligero como un pájaro y amante como éstos de romper los barrotes de la jaula. Quiere la mordiente quijada del ocio que pudre las prisiones el infatigable tesón de sus escritos, memoriales, defensas y apelaciones, como un canto de lucha libertaria.

Y con todo esto encima han de pasar diez a quince años de travesías por mar y tierra, o por los caminos de España, Francia, Italia e Inglaterra, prisiones y evasiones múltiples, aventuras de caminante extraviado o con disfraz, entre ejércitos a campo traviesa a nuestro transeúnte y fronterizo, orador y clérigo, huésped de sinagogas o parroquias, lector y escritor incansable de hazañas y fantasías.

Es un precursor admirable de la pasión por la inteligencia y las palabras.

Y en busca de la verdad en su lucha por la libertad personal dió con la libertad y la independencia de América. Porque allá en Europa se han sucedido los preliminares de esta gesta, a la par de intelectual y humana, viniendo de la Ilustración y de la Revolución francesa a desembocar en la paradójica situación del imperialismo napoleónico que abatía reyes y hacía proclamas de libertad, con la misma fuerza de las armas y el pensamiento.

Cuando le llega a España este oleaje histórico que produce la Constitución de Cádiz en 1812, para retornar con igual fugacidad en 1820, ya las revoluciones americanas habían tomado conciencia de su emancipación necesaria y de la fuerza imperativa de su alto deber de concurrir con la voluntad, el sacrificio y las luces del entendimiento, al recomienzo de los tiempos históricos, al encuentro de este sendero de lo humano y lo telúrico que avanza a tanteos y fulguraciones, entre la pasión y la inteligencia.

Acude Fray Servando a la cita histó-

rica con su estilo que es a la vez de pluma y de espada. Hace brillante defensa de la revolución de México, Caracas y Buenos Aires. Mientras anda de peregrino en países del Viejo Continente conoce al precursor Miranda y al maestro de Simón Bolívar, quizá también a éste.

Escribe en el destierro y con informaciones personales la *Historia de la Revolución de Nueva España*. Refuta opúsculos, conversa con sabios americanistas y estrecha amistad con los diputados de México a las cortes de Cádiz, señaladamente Lucas Alamán. Concierda su regreso con Francisco Javier Mina y cae de nuevo a las cadenas, los grillos y los caminos de pájaro, desde Soto la Marina a San Juan de Ulúa.

La escena tercera y semi-final de ese drama de la inteligencia la realiza Fray Servando —más claro para nosotros, el Padre Mier— en la tribuna Constitucional, a su regreso de otra nueva prisión del sedicente Emperador Iturbide.

Habla con sonoridades de plata en la voz, sabe de cruzar ante las balas de los ejércitos y desafiar la ira de los tiranos a

riesgo de su cabeza. Ha vuelto a su patria, de la que fue despojado en sus títulos, bienes y honores. Fue un proscrito y regresa ahora al afecto, la admiración y el aplauso del pueblo suyo.

Si todo es singular en la vida y la obra del Padre Mier —y no solamente sus aportaciones a la Constitución con originales ideas políticas— su relieve más indiscutible fue esta pasión por la libertad.

Ninguna consecuencia más congruente con ella, no obstante la lastimosa pérdida material de sus restos, la aportó su evasión póstuma, como si quisiese rubricar con ella el valor de un combate en que se mezclan la verdad de las palabras al templado corazón de un hombre.

## EL DR. MIER Y EL AMERICANISMO

Por Miguel Martínez Rendón.

Hay hombres cuya memoria crece más con el tiempo y la distancia. Dedicados por entero a la consecución de un gran ideal, casi siempre poseedores de una poderosa energía mental, llegan a superar con ella a la fuerza física de que están dotados. Para ellos no existe el descanso y cada minuto de su vida, no es sino el cauce en el que se desborda su acción definitiva y pujante.

Así se podría decir, que, caldeados por un fuego interior, derraman el chorro maravilloso de su elocuencia o de su acción como una catarata de hierro candente.

Sus escritos quedan grabados en la historia de los tiempos, con los incisivos rasgos de un martillante cincel sobre

bronces inmortales y, a medida que nos es dable pasar nuestros ojos por sus páginas escritas con sangre —como quería el filósofo— más hundimos en maravillosas perspectivas, y al acercarnos a los detalles de sus obras, tenemos la impresión de ascender a una montaña cada vez más vasta y más alta.

Necesitan esos hombres para que podamos apreciarlos en todos sus contornos, ser contemplados desde muy lejos: sólo así caben en nuestra retina sus figuras gigantescas y así mismo, como un prodigio de óptica espiritual, sus sombras venerables se proyectan a través de los tiempos, y el lenguaje silencioso de sus textos, al entrar en la historia, tienen la prolongación y el estruendo fragoroso de los ecos de las tormentas, repetidos en los mil acantilados de la sierra.

Sus palabras tienen el don de presencia eterna, hieren la carne de los déspotas como si hubieran sido pronunciadas en la hora presente. Son constantes reproches y recriminaciones certeras y exactas a los desmanes de los opresores

de todos los tiempos, y, es que en sus plumas tienen el filo cortante y luminoso de la espada de la verdad.

Sus voces han callado pero su silencio habla por todas las conciencias.

Así Fray Servando Teresa de Mier: ¿Quién como él de desmedrado cuerpo, desprovisto de todo elemento de consulta en sus cárceles, tuvo la energía de sobrevivir a ellas, y de hacer oír su voz con las inflexiones de los profetas, rompiendo con sus pensamientos los hierros de sus prisiones?

¿Qué otro héroe nacional tan perseguido como él, tan acosado por la insidia y por el poder incontrastable del clero católico y de la ignorancia? ¿Cuál otro visionario extrajo del oscuro fondo de su infortunio el luminoso torrente de su pensamiento? ¿Quién como él que por pensar siempre en voz alta tuvo tres años de tranquilidad por treinta de sacrificio?

Sólo su inagotable fe fue capaz de mellar todas las opresiones, sólo poseído de ella, puede un hombre hablar con inflexiones de su voz.

Así ha podido el maestro Urbina decir de él al referirse a su *Historia de la Revolución de Nueva España, antiguamente Anahuac*, que escribiera y diera a la luz en Londres en 1813: "Habla en sus páginas un hombre de extraordinaria elevación moral, de luminosa claridad de pensamiento", y es que como agrega Urbina, "dentro del hábito clérigo se ensancha ansioso de aire libre, un pecho de revolucionario".

De esta manera, dio principio a su gramática celebridad con un discurso sagrado, y la selló con otro discurso profano. "Uno en 1794 y otro en 1823, son ambos elocuentes gritos de libertad". En el púlpito y la tribuna, paralelamente este ingenio fue todo sinceridad, todo verdad. "La luz de su honrada conciencia se filtra por la urdimbre teológica, apretada como una reja claustral en 1794, y se expande como una aurora en 1823".

Verdadero revolucionario, no sólo combatió por la independencia nacional, sino por la de todos los pueblos de Centro y Sud-América, a tal grado que, con

razón dijo el sabio Doctor Don José Eleuterio González, que quien leyera los escritos del célebre insurgente, sin conocer su nacionalidad, lo creería venezolano o sudamericano.

Es ésta otra de sus luminosas facetas, el haber luchado por la independencia y unidad de las Américas.

En su segunda *Carta de un Americano al Español* (1812) decía: "Un congreso, pues, junto al Istmo de Panamá, árbitro único de la paz y de la guerra en todo el Continente Colombino (es decir América) no sólo contendría las ambiciones de un *Principillo* del Brasil, etc."

Por ello ciertamente en su *Historia de la Revolución de Nueva España...*, que fuera la primera que se escribió sobre la revolución de independencia, la dedicó al Congreso Constituyente de Argentina, y ya en el Congreso de 1824, su voz se levantó para pedir se declarara *ciudadano mexicano* al libertador Don Simón Bolívar.

He aquí por que al recordar su nombre, en ocasión al 182 aniversario de su natalicio, damos a la publicidad dicha

iniciativa, que es un índice de sus ideas de la unión americana, así como por ser poco conocido su texto, de entre las obras del insigne Doctor Mier:

*Iniciativa del Doctor Mier para que se declare Ciudadano Mexicano al Libertador Bolívar.*

Señor:

Hay hombres privilegiados por el cielo, para cuyo panegírico es inútil la elocuencia, porque su nombre sólo, es su mayor elogio. Tal es el héroe que en los fastos gloriosos del Nuevo Mundo ocupará sin disputa el primer lugar al lado del inmortal Washington: por esta señal inequívoca, todo el mundo conocerá que hablamos de aquel General que contando las victorias por el número de los combates destrozó el envejecido cetro peninsular en Venezuela, su patria, en Cartagena, Sta. Marta, Cundinamarca, Quito, y Guayaquil, con las cuales formó la inmensa República de Colombia. Hizo más: se venció a sí mismo, dispuso voluntario la espada triunfante a los pies de los padres de la Patria que reuniera para constituirla y se constituyó en pri-

mer súbdito rehusando con empeño todo mando: de aquel hablamos que reasumiéndolo por obediencia sin ficción, está ahora triunfando en el país de los Incas, de las últimas esperanzas de la soberbia española, de aquel hablamos en fin, a quien las Repúblicas de la América Meridional, una tras otra, han nombrado sin miedo su dictador, porque el cúmulo eminente de sus virtudes, aleja toda sospecha de abuso y despotismo. Tal es el Exmo. Señor Dn. Simón Bolívar, Presidente de la República de Colombia, Gobernador Supremo del Perú, llamado con razón el Libertador, admiración de la epopeya y gloria de la América entera. Por sus tratados e íntima alianza entre todas las Repúblicas de América, ya es y merece serlo Ciudadano de todas.

Pedimos pues que vuestra Soberanía declare solemnemente que lo es de la República Mexicana, en lo que creemos recibir aún más honor que a él pueda conferirle este título, por lo mismo haríamos agravio a vuestra Soberanía altamente penetrado de reconocimiento y

estima por los servicios patrióticos, valor y virtudes del Héroe si para tal declaración exigiéramos las formas comunes: Aquí todo debe salir de lo ordinario y suponemos que la aclamación unánime del Soberano Congreso de Anahuac es la sola vía digna del Héroe inmortal que vuestra Soberanía va a declarar Ciudadano de la República Mexicana.

El diploma y la manera de entregarlo serán igualmente dignos del Ciudadano y de la magnificencia de su nueva Patria.

México, a 13 de Marzo de 1824.

Servando Teresa de Mier.

Presentada en la sesión de la misma fecha habiéndola hecho suya los diputados Gomez Farías, Orores, Barbosa, etc. etc. Dicha iniciativa fue leída por segunda vez el 17 de marzo de ese año y aprobada unánimemente.



## LA MUERTE DE FRAY SERVANDO

Por Israel Cavazos Garza

En un día como hoy, 3 de diciembre, a las cinco y media de la tarde, traspuso los umbrales de la muerte Fr. Servando Teresa de Mier.

A ciento cincuenta años justos del suceso, nos hemos reunido aquí para conmemorarlo, y es oportuno, por lo mismo, glosar algunas referencias.

Tras de su enésima reclusión se hallaba ya el Padre Mier en la ciudad de México, ocupando su cúrul en el Congreso, como diputado por Nuevo León. Había recuperado —aunque muy mermados— sus papeles y sus libros, y, a instancias del Presidente Guadalupe Victoria, residía en una de las habitaciones del Palacio Nacional.

Tenía solamente sesenta y cuatro años, pero había sido la suya una vida inquietosa

ta y azarosa. Desde su caída en el trayecto de Soto La Marina a México, había quedado semi-impedido de la mano, al grado que se veía precisado a escribir con ella “en el aire lo que me fatiga mucho”. (*Carta a Bernardino Cantú, 30 Abr. 1823*).

### *Su enfermedad*

Dos años antes de su muerte, hacia septiembre de 1825, le sobrevinieron dolores intolerables. El mismo, después de casi un año de no escribir a su paisano el Dr. Bernardino Cantú, canónigo de la catedral de Monterrey, le decía:

A título de viejo he escapado de la muerte, porque creyendo los médicos mis dolores reumáticos, no siendo sino sintomáticos de la inflamación del hígado, me aumentaron ésta desde octubre pasado hasta mayo, con todo género de medicamentos. Un médico, en mayo, viéndome ya con tintas negras, conoció que era hipcondría y destruyéndome entonces la obstrucción de la boca del estómago que me sofocaba, me creyó

sano y en apariencia lo estuve algún tiempo. Pero repitiéndome los dolores en el hombro derecho, cerebro y partes atingentes, creyéndolos dolores vagos, los atacó con medicinas tan fuertes que el hígado no pudo más y en julio [de 1826] una fiebre me puso a las puertas de la muerte. Llamé entonces al Dr. Codorníu, que comprendió perfectamente la raíz del mal y sacándome en el día con sanguijuelas sobre el hígado 8 onzas de sangre, cesaron al momento todos los dolores. Purgas anti-biliosas con quince días de líquidos me han resucitado, aunque no estoy capaz de mucho trabajo intelectual ni corporal. Dios sea bendito". (*Méx. 31 Agto. 1826*).

Ya no recuperó del todo su salud el Padre Mier. Mediado el año veintisiete se acentuaron sus males. En su edición del 17 de noviembre, *El Sol*, publicación combativa en la que tanto escribiera, daba la noticia de que el ilustre paciente "días ha" sufría "una cruel dolencia que le afecta las entrañas más nobles

del cuerpo". A sus padecimientos había que añadir, por otra parte, los estragos causados por la medicina de entonces. Comenta el mismo periódico, que tenía "lacerado el pecho y la espalda con repetidos cáusticos".

#### *El Sagrado Viático.*

Presintiendo el final, se dispuso Fr. Servando a esperarlo con los auxilios espirituales. Preparaba —al decir de Valle Arizpe— "su última fuga". Y, no obstante su estado tan lamentable, se le vio salir en carretela a convidar a algunos amigos a la ceremonia en que habría de recibir el Sagrado Viático.

Alguno de sus biógrafos transcribe el texto de la esquela que personalmente repartió para el caso. Decía:

"Monseñor Fr. Servando Teresa de Mier, en caridad ruega a V. S. acudir a la ceremonia del Santo Viático que le administrará el Exmo. Sr. Ministro de Justicia y Negocios eclesiásticos, D. Miguel Ramos Arizpe, en el Palacio Federal, mañana viernes en la tarde. México, 15 de

Noviembre de 1827". (Ontañón, *Desasociados*..., p. 170).

Hay indudablemente mucho de novela en la vida —y en la muerte— del ilustre dominico; y aunque se expresa que hacia 1880 existían en Puebla ejemplares de esta esquila ponemos en duda su autenticidad; por cuanto el texto mezcla los términos "monseñor" y "fray". El primer tratamiento siempre lo reclamó en los últimos años; el de fray lo había dejado desde su secularización.

La ceremonia religiosa del Viático se verificó el 16 de noviembre por la noche, "con gran aparato, concurrencia y solemnidad extraordinaria", según la nota del periódico *El Aguila* (19 de Nov.) reproducida en la *Gaceta de Nuevo-León* (6 de diciembre). El Presidente de la República ofreció sufragar "parte de los gastos de la cera", y el comandante general ordenó que concurrieran las músicas de los cuerpos de la guarnición.

La procesión pudo haber salido de la Catedral, de la Profesa o de cualquier otro templo más cercano. El acto requería sin embargo, de mayor duración y el

Santísimo salió de la Parroquia de la Santa Veracruz, en el costado norte de la Alameda. Una Compañía del 1o. de Infantería marchó con las músicas. Seguían las comunidades y colegios y, finalmente, el pueblo. Llevaba el Sagrado Viático el Dr. Ramos Arizpe.

Un periódico de entonces —*El Sol*— censuró el hecho de que el Presidente no saliera a recibir al Santísimo. "Jamás su casa se vio más honrada con semejante personaje", comentó. El Padre Mier lo recibió —añade— "con la ternura de un amigo viejo de Dios".

#### *Ultimo Discurso*

Recibidos los santos óleos, "pidió licencia para decir cuatro palabras". Como todo lo suyo, lo que dijo habría de provocar inmediatas polémicas. *El Correo Federal* interpretó sus expresiones como una admonición contra el Federalismo y una exhortación para adoptar el sistema Central. (*Ed. de 24 Nov.*). *El Sol* por su parte calificó el discurso de "elocuente, patriótico y una prenda inestimable de su ejemplar profesión de fe religioso-política". (*Cossío. Hist. de N. León, V,*

255). Un comunicado suscrito por "Un Payo de Nuevo León", tildó de "escritorzuelo" al clérigo columnista de *El Comercio*, y le dijo que temía que de sobrevivir el Dr. Mier le "contrabalanceara en la pretensión de alguna mitra".

Fr. Servando en su "despedida lírica", deshizo el concepto en que se le tenía. Explicó no ser apóstata ni centralista. Dijo no vivir en el claustro por haberse secularizado y que no celebraba por el impedimento de su diestra destrozada. Se pronunció contra las actividades políticas ocultas y justificó su postura en cuanto al sistema conveniente al país.

#### *Muerte y entierro*

Casi tres semanas sobrevivió el padre Mier a la fecha en que recibió los Sacramentos. El 3 de diciembre, murió.

Las notas necrológicas de los periódicos de entonces coinciden en que el duelo fue presidido por el Gral. Bravo, vicepresidente de la República; en que las gentes más principales de la ciudad enviaron sus carruajes y asistieron a los funerales; y en que "el pueblo se agolpó de tal manera en las calles por don-

de habría de pasar el cadáver que impedía el paso a los transeúntes".

La premura de esta investigación no nos dio ocasión a encontrar alguna referencia al porque habiendo sido secularizado, su entierro, verificado en la tarde del día siguiente se hizo en la Capilla de los Sepulcros del Convento de Santo Domingo.

#### *Andariego eterno*

Fue Fr. Servando un andariego eterno. Perseguido unas veces, por sus inquietudes libertarias, las más, recorrió caminos increíbles. Su estatua misma en Monterrey, emigró de la plazuela del Roble al sitio actual, y de allí fue movilizada unos cuantos metros al ser ampliada la avenida Cuauhtémoc.

Ni en su sepulcro habría de tener calma. Los nichos sepulcrales eran pocos y los frailes muchos. Fue por ello que, quince años después de su muerte en 1842, su cuerpo momificado, fue sacado y colocado al oriente, con las momias de otros frailes. La apertura de una calle en 1861 —secularizados ya los conven-

tos— dio origen al descubrimiento de las momias, que identificara el Dr. Orellana y las reprodujera en litografías en un interesantísimo folleto publicado en ese año.

José María Marroquí, Cronista de la ciudad de México, enriqueciendo las versiones de Rivera Cambas y de Payno, refiere que el encargado del Ministerio de Justicia, Ramón I. Alcaraz, en escrito de 25 de junio de 61, cedió cuatro de las momias a don Bernabé de la Parra, “para ser exhibidas en América o en Europa”. (*La Cd. de México* II, 311). Payno asegura que entre éstas iba la de Fr. Servando; entretanto que Rivera Cambas expresa sus dudas, por haber la versión de que los frailes la habían cambiado por la de un lego llamado Sumaita. El mismo cronista José María Marroquí añade que las momias fueron a dar a Europa, a manos de un Dr. José Thumus, quien las exhibió en Bruselas en agosto de 1882, con rótulos alusivos a tormentos de la Inquisición.

Alguien ha observado que en el hallazgo de Santo Domingo, unas momias fueron encontradas de rodillas, sentadas

otras o en contorsiones dramáticas, y que, entre ellas, la de Fr. Servando fue hallada de pie y que “asomaba alta y enhiesta... con su mejor aire espectacular”. (*Ontañón, ib.*, 176).

Aula Magna, diciembre 3 de 1977.